

principalmente entre las comunidades totonacas del estado de Veracruz; en la antigüedad era una ceremonia extendida en buena parte del mundo precolumbino. Tiene como eje fundamental al árbol, elemento de la naturaleza que entre muchos pueblos ha tenido un sólido significado,¹⁵ pues representa una conexión entre el inframundo, la vida terrena y el ámbito celestial; es una imagen del *axis mundi*.¹⁶ Hoy día, en la tradición de los pueblos indígenas contemporáneos de raigambre mesoamericana existen diversas narrativas que dan cuenta de este suceso mítico primordial.¹⁷

El ritual aún suele comenzar con ciertos actos preparatorios como la abstinencia sexual, el ayuno, algunas danzas nocturnas como el ofrecimiento a las

¹⁵ Véase Mircea Eliade, *El chamanismo y las técnicas del éxtasis*, México, FCE, 2003, p. 219.

¹⁶ Entre los antiguos pueblos precortesianos existía la convicción de que el universo sagrado había sido creado por Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, hijos de Ometecuhtli y Omecihuatli, dioses que habitaban en el Omeyocan, el lugar más alto del cielo. Esta pareja transformada en Cicpactli, una bestia salvaje que al caminar por las aguas del universo lo dividió en dos partes, y creó así el plano celeste y el plano conformado por el nivel terreno y el inframundo. Esta visión horizontal del universo se representaba como un espacio cuadrangular con los cuatro puntos cardinales intersectados en el centro, donde, por ejemplo, entre los mexicas, se ubicaba el Templo Mayor. En este punto emergía precisamente el *axis mundi*, como una puerta sagrada, donde a través de la ritualidad, los seres humanos podían entrar en contacto con las deidades. Los pueblos precortesianos imaginaban que el cielo y la tierra estaban sostenidos por árboles sagrados (Felipe Solís, 2005).

¹⁷ López Austin, Alfredo, *Tamoanchan y Tlalocan*, México, FCE, 2000, p. 103.